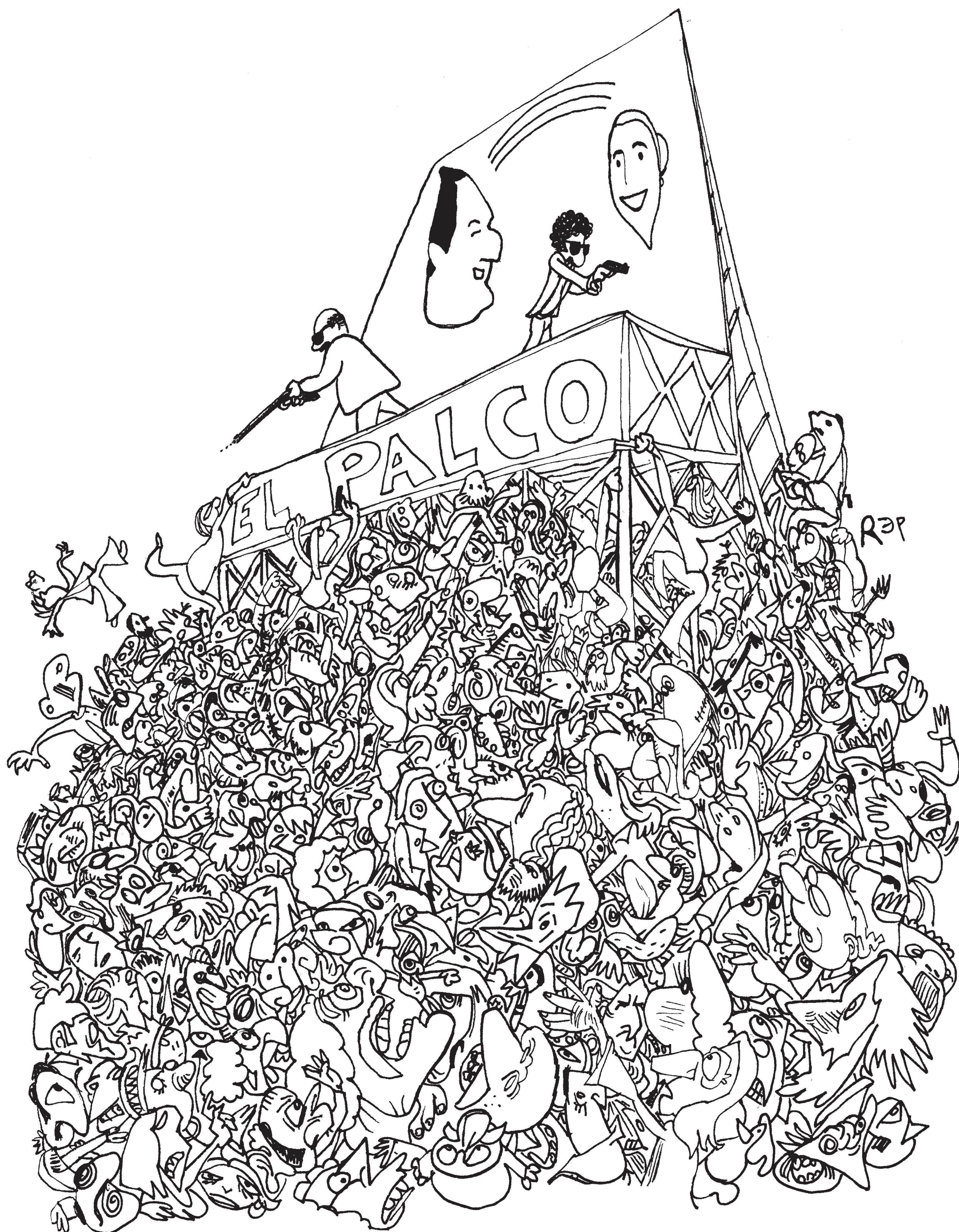
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

88 **¡¡¡Ezeiza!!! (III)**



LA FANTASÍA DE LA TOMA DE LA BASTILLA DE EZEIZA

Suplemento especial de
Página|12

EZEIZA EN CLAVE BECKETTIANA: ESPERANDO A PERÓN

Se la suele reducir a un enfrentamiento entre “los Montoneros” y “la custodia del palco”. Es un disparate. La tragedia de Ezeiza es uno de los sucesos más complejos de nuestra historia. La interpretación maniquea posee la intención política de rebajar a un hecho casi delictivo una frustración nacional de raíces metafísicas. Si fueron a Ezeiza, al Puente 12, entre 2 millones y medio y 3 millones de personas, está claro que la tragedia afectó a muchos más. A muchos más hombres y mujeres de los que estaban arriba y en las cercanías del palco. Y que es necesaria una pregunta previa a todo análisis. Un detonante. Una pregunta que sea el punto de partida de toda la trama histórica, de la densidad de la tragedia, de lo que se podrá explicar y de lo que no. La pregunta es: ¿qué buscaban al ir a buscar a Perón millones de seres humanos? Como dijimos, el hecho tiene la carga de los años que han transcurrido –18 años desde 1955–, de la figura mítica que llega (Perón) y del rechazo que ha pesado sobre ella durante años, de los ultrajes, de las versiones injuriosas, de su absoluta demonización. Estos datos no alcanzan a explicitar el espesor inédito del suceso. Hay una Ida a Ezeiza y hay una Vuelta de Ezeiza. Son por completo distintas. Si decimos que la Vuelta está marcada por la desesperanza, ¿concluiremos que es la esperanza la que dinamiza la Ida? En parte, sí. Otras preguntas serán menos pertinentes: ¿merecía Perón un recibimiento semejante? ¿Merecía que millones de personas fueran a buscarlo, a darle la bienvenida, a alegrarse con su llegada? Esto no se resuelve discutiendo sobre las virtudes y defectos de Perón. Perón ha terminado por ser una entidad misteriosa. Hemos dicho que el peronismo es más que Perón, pero lo es porque Perón no se reduce a “Perón”. El, como el peronismo, también es más que Perón. Y hasta ese plus de historicidad que el peronismo tiene en relación con él acaso se lo deba en parte: el peronismo es más que Perón porque también Perón es más que Perón. Veamos: ¿fueron a buscar a un líder político las multitudes de Ezeiza? Sí, pero más. Caminaban por la autopista Riccheri con una alegría, con una certidumbre de *esperanza que se realiza*. Hoy, 20 de junio de 1973, está a punto de cumplirse la esperanza de casi todo un pueblo. ¿Por qué necesitan esperanzas los pueblos? O también: ¿qué esperaban? Si reemplazamos la palabra *esperanza* por la palabra *posibilidad* o *proyecto*, advertiremos que la esperanza, como las otras, se ubica en la temporalidad futura. La esperanza nunca se realiza hoy. La esperanza es algo que el sujeto anhela o quiere o busca o pretende para sí. Siempre está en el horizonte. La esperanza es un acontecimiento cuya característica central es la de no-haber-llegado. Cuando la esperanza llega, lo hace como esperanza realizada o como frustración. Cuando se la va a buscar se lo hace porque se busca tornarla real. Y en la esperanza es el sujeto el que se da a sí mismo algo que su existencia requiere.

El sujeto está pulsionado hacia el futuro. Esa pulsión por el futuro es, sin más, la existencia. La existencia es desear ser algo que todavía no se es. Es desear ser lo que anhelo ser, lo que espero ser. Quiero ser mi esperanza. Quiero ser mi proyecto. Quiero ser la posibilidad que he elegido. *Todo eso está siempre lejos de mí, en el futuro*. ¿Viene hacia mí o tengo que buscarlo? En el caso del “regreso de Perón” se dan las dos posibilidades: mi esperanza viene y yo la voy a recibir, voy hacia ella, a su encuentro. El sujeto nunca es *realidad*, siempre es *posibilidad*. Ezeiza expresa la *posibilidad* en dos modalidades. La posibilidad viene hacia mí. Yo voy hacia ella. O la espero. Hemos dado con el concepto antinómico al de *posibilidad*. La *espera* es lo contrario del arrojo hacia los posibles. O yo soy mi arrojo hacia mis posibilidades o soy la espera de que alguno llegue hasta mí.



Si soy mi arrojo hacia mis posibilidades, soy yo el que dinamiza la existencia, la mía. No espero, me arrojo, me lanzo hacia mis proyectos. Si no, me dedico a esperar. Mis posibilidades vendrán hacia mí. Todas estas posibilidades pueden reducirse a una. Incapaz de hacer (desde mí, a partir de mí) que algo suceda, espero que el *acontecimiento* provenga de otro lado. *Otro lado* será siempre fuera de mí. Alteridad. La Alteridad puede venir o no. No depende de mí. Yo sólo tengo que esperar. A eso que espero puedo ponerle un nombre. Puedo ponerle “Perón”. El viene para hacer todo lo que yo no puedo hacer. Viene para cambiar todo lo que yo no puedo cambiar. Viene para abrir hacia el futuro un horizonte para mí cerrado. Viene para mover lo que está quieto. Para hacer avanzar lo que no avanza. *Para darle un sentido a eso que no lo tiene*. Aquí llegamos al centro de la metafísica de la espera: el que viene (ese a quien yo espero) viene para darle un sentido al mundo en que yo vivo y al cual soy incapaz de darle (yo) ese sentido. Sin embargo, hay un enorme riesgo. Cuando venga el que espero tal vez no le dé un sentido a mi existencia. Tal vez venga para revelarme que no debía venir, porque el sentido de mi existencia era, precisamente, esperarlo. *¿Qué voy a esperar ahora que llegó lo que esperaba?* Aquí llegamos al punto de quiebre. ¿Cómo enfrenta esto el sujeto? Su posibilidad es ahora realidad, *se realizó*. Al morir como posibilidad, ¿qué hace el sujeto? ¿Crea otra? ¿Empieza a esperar otra vez algo en lo que ha conseguido depositar todas su angustias? Es posible. Aunque sabrá que, si viene, se acabará la espera. La tragedia reside en que cuando llega lo que se espera llega para abolir la espera. Si el sentido de la vida residía en la espera no habrá ya sentido de la vida si la espera termina. El sujeto, aquí, advierte que la espera no debe terminar. Que lo que se espera no debe volver. Que si vuelve volverá para morir como espera. Como *sentido.*

Todo este desarrollo (impulsado por los hechos de la *espera* de Ezeiza y de su posterior *tragedia*) ha sido fraguado desde la filosofía existencial del primer Heidegger y del primer Sartre. A mí me interesa poco el Heidegger II y no creo que haya existido más que un solo y espléndido Sartre. También, confieso, puse algunas cosas –o unas cuantas– de mi cosecha, de modo que sería inadecuado que alguien se entregue a la tarea de ver si interpreté bien a los filósofos que más notoriamente se agitan en estas líneas. Fueron utilizados para la hermenéutica de un acontecimiento insondable. Pero –se habrá notado también– el que acaso más haya sido requerido es otro filósofo de la existencia, que bebió de los citados y también de textos del ensayista (no filósofo) Albert Camus, hombre de gran talento narrativo que logró –pese a su escasa formación filosófica: Gadamer le reprocha no haber leído “a los grandes maestros alemanes”, al contrario de Sartre, que se los devoró– redondear dos excelentes ensayos: *El mito de Sísifo* y *El hombre rebelde.* Por la misma época, un dramaturgo de genio pone sobre las tablas el drama existencial más poderoso del teatro contemporáneo: *Esperando a Godot*. Como se comprenderá, no podía este ensayo (el nuestro) ignorar esa interpretación de la condición humana. Porque a lo largo de la autopista Riccheri –el 20 de junio de 1973– millones de argentinos pusieron en escena *Esperando a Godot*. Con otro nombre, *Esperando a Perón*.

¿Y SI GODOT NO VIENE?

Uno de los pasajes más conocidos de *Ser y tiempo* es el que se refiere a la existencia auténtica y a la existencia inauténtica. Hans-Georg Gadamer, en un texto muy elogioso sobre Jean-Paul Sartre en tanto filósofo, expresa cierto desdén por esos textos heideggerianos. Gadamer se equivoca. Hay, en él, un excedente de *alemanidad* que lo lleva a valorar sólo lo que considera *complejo* en su ilustre maestro. Esos textos de *Ser y tiempo* son –es cierto– los más transitados y tal vez los menos complejos, pero no por eso son los menos profundos (ver: Hans-Georg Gadamer, *El giro hermenéutico*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 53). Prefiero la traducción de *propio e impropio* a la de auténtico e inauténtico. Partimos entonces del sujeto de la fenomenología arrojado al mundo. Ese arrojo es hacia sus posibles. El sujeto no es realidad, es posibilidad. Al no ser realidad y al ser algo que está en el futuro, Sartre dirá que es *nada*. Si el sujeto es nada veremos que Beckett da en el clavo cuando pone a sus personajes esperando algo que los llene, que haga de ellos *algo.* Lo que no advierten es que la *espera de Godot* es lo que son. Ellos son *los que esperan a Godot*. Ese es su ser. Si Godot llega ya no habrá que esperarlo. Si se deja de esperarlo (y esperarlo era el Ser, pues tanto Valdimir como Estragón *son* los que esperan a Godot) cae el *sentido*, cae el *ser*. Si Vladimir y Estragón ya no esperan a Godot porque Godot llegó no sabrán *qué son* ahora. Se supone –aunque no lo saben– que Godot no debe llegar para que ellos sigan siendo la *espera ontológica* que son. La *espera* es *ontológica* porque esa espera les otorga el *ser.*

Estragón: Vayámonos.
Vladimir: No podemos.
Estragón: ¿Por qué?
Vladimir: Esperamos a Godot.
Estragón: Es cierto.

Jamás dirán qué es Godot. Es sólo alguien a quien esperan. La situación se explicita de distintos modos. La *espera* –no lo olvidemos– es Godot quien la constituye. Hay espera porque existe Godot, a quien se espera. Hay temporalidad porque –también– existe Godot. Hay, al menos, una cierta dimensión del *futuro*. Godot vendrá en el futuro pues aún no ha venido. El futuro existe porque en él vendrá Godot.

Estragón: ¿Y si no viene?
Vladimir: Volveremos mañana.
Estragón: Y pasado mañana.
Vladimir: Quizá.
Estragón: Y así sucesivamente.
Vladimir: Es decir...
Estragón: Hasta que venga.

Tampoco les es posible *actuar*, realizar un *acto*. Por lo tanto les es imposible *ser* a través de la acción. Si uno es lo que hace, no hacer es no ser. Tampoco Valdimir y Estragón pueden ser otras cosas que los seres humanos son: pobres, ricos, ingleses, franceses, argentinos. Están en un lugar indeterminado. Están en un lugar que no-es. Sólo hay un arbolito. De tanto en tanto aparece un chico para avisar que el señor Godot dice que está por venir, que ya vendrá. Esto crea un verosímil: hay alguien que les dice que Godot viene. Ese alguien (el chico que anuncia la llegada de Godot en algún momento indeterminado por ahora) ha de conocer sin duda a Godot. Si Godot le dijo lo que el chico dice es porque Godot existe. Si Godot existe probablemente venga. Si no existiera, no vendría de ningún modo. Esto los decide cada vez más: esperemos.

Vladimir: Entonces, ¿qué hacemos?
Estragón: No hagamos nada. Es lo más prudente.
Vladimir: Esperemos a ver qué nos dice.
Estragón: Quién.
Vladimir: Godot.
Estragón: Claro.

De pronto, Estragón tiene una sospecha importante. Intuye que Godot les ha robado la libertad. Que no son libres. Que viven en la espera de. Que dependen de la llegada o no llegada de alguien. *Que su existencia se decide desde afuera, en exterioridad*. Que no son ellos los que deciden. Que no son dueños de su ser. De su posibilidad de *darse el ser*. De la decisión por medio de la cual me elijo y decido *desde mí* qué soy. Esta *autonomía del decisionismo* es central en toda existencia propia. O decido desde mí o espero que algo decida por mí. En el caso de la *espera* he tomado la decisión de esperar. Al hacerlo *soy* esa espera. La espera me constituye. La espera es ontológica. *Esperar a Godot* es una decisión ontológica porque hace de mí un *ser* que espera. Soy en la modalidad de esperar.

Estragón (mastica, traga): Pregunto si estamos atados.
Vladimir: ¿Atados?
Estragón: Atados.
Vladimir: ¿Cómo atados?
Estragón: De pies y manos.
Vladimir: Pero, ¿a quién? ¿Por quién?
EstragÓn: A tu buen hombre.
Vladimir: ¿A Godot? ¿Atados a Godot? ¡Qué idea! ¡De ningún modo! (*pausa*.) Todavía no.

UNA INTERPRETACIÓN DE ALAIN BADIOU, EQUIVOCADA

Alain Badiou da una original interpretación de la pieza de Beckett que nos será útil para interpretar “Ezeiza”. Para él, lo que hacen Vladimir y Estragón es “perseverar en su ser” (Alain Badiou, *Beckett, el deseo infatigable*, Arena Libros, Madrid, 2007, p. 63. La fecha de edición de estos libros y los autores que se ocupan de su autor nos muestran la vigencia del tema. Desde este punto de vista, es envidiable la obra de Beckett. Se han escrito cientos de obras teatrales sobre el tema de “esperamos a”. Sin duda, dio en un punto formidable. El ser humano vive en *estado de espera*. Se espera al Mesías. Se espera el Reino de los Cielos. Se espera la liberación de los oprimidos. De las injusticias. Se espera la Revolución. Se espera el Apocalipsis. Se espera el Jardín de la Delicia que prometió Alá. *Se espera que vuelva Perón y vuelve hoy y todos vamos a buscarlo.* ¿Alguien se preguntó en la Riccheri qué sucedería si *la espera terminara*? ¿Sería malo, sería bueno? ¿Qué sucederá al día siguiente de la vuelta de Perón, qué vamos a esperar entonces? ¿Qué tendrá que hacer Perón para justificar tanta espera, tantas esperanzas? El punto beckettiano pareciera revelar una de las claves fundamentales de la existencia humana. Mi amigo Patricio Contreras –cuando hablábamos de las tantas obras que se basaban en *Godot*– solía decirme: “Y bueno, Beckett fue el que inventó la huevada”. “Huevada” es –creo haberlo dicho ya– esa palabra chilena y un poco también mendocina que señala cualquier cosa sin la solemnidad correspondiente. Esta “huevada” que inventó Beckett (dos tipos que esperan a otro que no viene) es la clave del teatro contemporáneo y recoge los más grandes tema de la filosofía de la existencia. Patricio –que hizo la obra bajo la dirección de Leonor Manso– me decía que, en cierto momento, tenía que adoptar una posición estrafalaria y preguntar: “¿Tú crees que Dios me ve?” Y, a él, un actor de un formidable profesionalismo, se le llenaban los ojos de lágrimas. Por esa simple pregunta. “¿Tú crees que Dios me ve?”. A la vez, me permitiré subrayar el mecanismo interno de la obra, su increíble y poderosa simpleza: *son dos tipos que esperan a otro que no viene*). Alejando la obra del teatro existencial del absurdo y hasta al autor de su pesimismo nunca discutido, Badiou decide encontrar en *Godot* un mensaje optimista. “Esperar a Godot” es –para Vladimir y Estragón– “un principio de deseo, una fuerza vital, que las circunstancias parecen transformar en todo momento, en ilegítima o imposible” (Badiou, *Ibid*., p. 63). Falso de toda falsedad. No hay “fuerza vital” ni “deseo” (¡oh, esta palabra, un francés no puede pensar si no acude a ella!) en los personajes beckettianos. Nunca las circunstancias tornan “imposible” el supuesto “deseo” de V. y E. No hay un “imposible”. La llegada de Godot jamás se define como “imposible”. Sólo se posterga. Al parecer se postergará largamente. Al menos, mientras V. y E. sigan esperando. Porque son ellos –con su espera– los que le dan el ser a Godot. Si “esperar a Godot” es el sentido de la existencia de V. y E., Godot –a su vez– sólo puede ser una fuente de sentido en tanto V. y E. lo esperen. *¿Quieren matar a Godot?* Bien,

vamos a mostrar lo fácil que es matar a Godot.

MATAR A GODOT

Tomemos las dos o tres líneas finales de la obra. Apenas la variación de tres palabras bastará para aniquilar a Godot.

Texto de Beckett:
Vladimir: ¿Qué? ¿Nos vamos?
Estragón: Vamos.
(No se mueven)

Telón

Variación del texto que permite matar a Godot:
Vladimir: ¿Qué? ¿Nos vamos?
Estragón: Vamos.
(Se van)

Telón

Simplemente Vladimir y Estragón toman una decisión contraria a la que siempre han elegido. No se quedan, se van. Al irse ya no esperan a Godot. Si nadie lo espera, Godot muere. Godot existe porque alguien siempre lo espera. Existe porque es el símbolo de la espera de la existencia impropia: espero que el sentido venga hacia mí, soy porque espero que algo ocurra. Soy porque no puedo yo generar desde mí un *acto irreversible.* Una decisión ontológica que haga de mí otra cosa de lo que soy. Si en lugar de esperar se van y no esperan más han dejado de ser lo que eran. Ya no son dos patéticos seres inmóviles. Ahora hasta inauguran una nueva temporalidad. Al irse, el futuro ya no es que Godot venga. El futuro es el que ellos han elegido para sí: irse. "*Se van*." Es todo. Nadie espera a Godot. Su poder significante murió. Perón era Perón porque el pueblo lo esperaba. Vivía *esperando a Perón.* 18 años esperando a Perón. 18 años peleando por la vuelta de Perón. 18 años –los otros, los que no esperaban a Perón– impidiendo que Perón vuelva. Postergando ese acontecimiento.

Vladimir: Nos ahorcaremos mañana. (*Pausa*.) A menos que venga Godot.

Estragón: ¿Y si viene?

Vladimir: Nos habremos salvado.

Estragón hace la pregunta que debió ser hecha desde el inicio: "¿Y si Godot viene?" Vladimir (refiriéndose al plan del suicidio) responde: "Nos habremos salvado". Pero es de otra cosa que se salvarán. Se salvarán de seguir esperándolo. Pero la llegada de Godot no puede ser sino un acontecimiento terrible. "Llegó. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿A quién esperamos?" O también: "Llegó, pero, ¿sabes?, no me gusta Godot. No es como yo lo imaginaba". O también: "Llegó, pero yo no quería que llegara. Estaba cómodo esperándolo". O también: "Llegó, pero ¿escuchas lo que dice? No estoy de acuerdo". "Yo tampoco. Matémoslo. Alguien nuevo vendrá. Y nos dirá cosas más bellas. Y, entre tanto, podremos seguir esperando." O también: "Llegó, pero no me gustan sus palabras. Creo que las dice para ti". "Yo temo que las próximas las diga para ti." "Tú y yo éramos distintos. Ahora lo sabemos. Antes no. Porque esperarlo nos hacía *uno*. Ahora somos dos. Qué bien estábamos mientras él no venía. Eramos amigos y lo esperábamos. Ahora lo quiero para mí. Sí, ¿no lo escuchas? Es a mí a quien le habla." "No, es a mí." "He dicho que es a mí." "¿Qué hacemos?" "Declarémonos la guerra."

Es arduo no ceder a la tentación de ver en Godot una de las formas en que Dios puede ser interpretado, asumido, amado o deseado por los hombres. "Godot" es un significante sin contenidos. Jamás Beckett dice qué o quién es "Godot". "Godot" puede ser cualquier cosa. Un hombre, un dios, un monstruo, una idea. Pero ese significante sin contenidos puede transformarse en el más poderoso de los significantes con sólo una pequeña alteración lingüística. "Godot" es un nombre (porque es eso: un nombre, no sabemos a qué o a quién se le da ese nombre, pero lo que sea que fuere su nombre es "Godot") formado por cinco letras. Si de ese nombre extraemos dos letras (*solamente dos letras*) se produce un cambio sustancial. Saquemos la "o" y saquemos la "t". "Godot", ahora, se lee "God". Hasta podríamos decir que si interrumpiéramos la pronunciación del nombre en la "d" ya estaría la palabra "God". Porque lo primero que uno dice al decir "Godot" es "God". Por consiguiente, sería ingenuo *no creer* que algo quiso decir Beckett con eso. "God" –contrariamente a "Godot"– es un significante plagado de contenidos. Pero, ¿podrían decir Vladimir y Estragón "esperamos a Dios"? No, aun cuando esperar a "Godot" sea "esperar a Dios".

Badiou (seguramente con la poderosa pulsión de todo filósofo francés de ser original), hacia el final de su libro, escribe: "No se sabrá con toda posibilidad 'quién' es Godot, basta con que sea el emblema de la obstinación de todos en desear que algo ocurra" (Badiou, *Ibid*., p. 64). No parece ser el caso de los personajes beckettianos. No quieren que algo ocurra. Quieren esperar que algo ocurra. ¿Qué podría ocurrir? Que venga Godot. En tanto no venga, el sentido de la vida de ambos es esperarlo. Este sentido tiñe a sus existencias de las características de la impropiedad. La existencia impropia es la que no decide desde sí sino que es decidida en exterioridad. O la que espera ser algo y ya ha decidido lo que quiere ser: quiere esperar, quiere la inmovilidad, no quiere el riesgo del devenir, quiere ser *realidad*, le teme a su *posibilidad*. La espera cosifica a Estragón y a Vladimir. Serán siempre lo que son. Si, en el final, en lugar de "No se mueven" leyéramos "Se van", Vladimir y Estragón habrían decidido ser libres, arrojarse a lo más puro del ser humano: su ser-posible. La "realidad" es una cosa. Una cosa siempre es lo que es. Si el hombre es posibilidad es porque *no es* una cosa. Es un ente arrojado al futuro. Me estremece lo tenue y lo inmenso que es lo que podría variar por completo el sentido del texto.

En lugar de:

(*No se mueven.*)

Poner:

(*Se van*.)

Eso es todo. Ahí puede llegar Godot y no hay nadie. Nadie lo espera. Deberá morir. Hay una excelente editorial nacional que ha asumido por nombre "Ediciones Godot". En uno de sus envíos impulsó una consigna excepcionalmente precisa: "No hay que esperar a Godot, hay que matarlo".

MATAR A PERÓN

Volvamos a Ezeiza. La multitud marcha hacia el Puente 12 a recibir al que tanto ha esperado. No tiene la actitud pasiva de Vladimir y Estragón. Godot, God o Perón vienen pero los vamos a buscar. Hay una mezcla de actividad y pasividad. Viene Perón, ese significante sin contenidos en el que todos han puesto lo que han querido. La derecha, el fascismo. La izquierda, la revolución. Los patrones, el orden. Los sindicatos, la retención de su poder, su hegemonía en el movimiento. Los militares, el exterminio de la guerrilla y la pacificación del país. Los políticos, la democracia, el diálogo, la gobernabilidad burguesa. La guerrilla trotskista, nada o casi nada: vuelve un burgués que jamás intentó llevar ni llevará el país al socialismo. Apenas si son parte de los que lo han esperado. La clase media, las mejoras económicas. La clase obrera, al líder de los días felices, al jefe del Estado de Bienestar. Los pobres, también. Los economistas, el desarrollo, el crecimiento, la suba de la renta nacional, producto bruto interno. Los gorilas, el odio que no cesa y el deseo del fracaso de ese que vuelve y jamás debió volver.

Godot no volvió. Vladimir y Estragón lo siguieron esperando. A diferencia de Godot, Perón vuelve. El milagro se realiza. Se acabó la espera. Ya no hay que esperar a Perón. Nos espera a todos en el Puente 12. Vamos a buscarlo con cánticos de alegría. Ahora todo irá bien. "¡Perón y asunto arreglao!" O como decían los enormes carteles callejeros de la UOM: *"Bienvenido general a la patria liberada"*. Si llegaba Perón, la patria *ya* estaba liberada. No había, para ellos, teoría del primer mes. Sabían que con Perón era más que suficiente. Que la teoría del primer mes se la aplicaría a Cámpora. Que Perón tomaría el Gobierno y lo tomaría con ellos, con el sindicalismo organizado, con la *columna vertebral* del peronismo.

¿No era demasiado lo que se esperaba? ¿No eran, también, *demasiados*? A Godot, sólo Vladimir y Estragón. Pero a Perón una nube de intereses divergentes. Un país en estado de enfrentamiento. "Venga, general, arregle esto." Hasta la petición que le hice al Gordo Abrales la iba a arreglar Perón: "Che, Gordo, necesito tener un barrio atrás". "Esperá que venga el Viejo y ordene las cosas." Todos por la Riccheri. La representación de *Esperando a Perón* no puede ser una obra teatral. Tiene que ser una ópera.

Escenarios posibles:

A) Las muchedumbres marchando por la Riccheri. Los distintos cánticos.

B) La Casa de Gobierno. Solano Lima, Righi, Abal Medina. Se les ha ido la seguridad de las manos. Es Osinde el que manda. Cualquier desastre se puede esperar. Osinde es un viejo custodio de Perón. Es amigo de Ante Pavelic. Es un asesino. Es un tipo formado en los peores centros de contrainsurgencia. Abal Medina es el más decidido para tratar de evitar algo.

C) La Tendencia llegando al Palco desde todas partes. Especialmente desde La Plata. Los militantes estudiantiles de la FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional). Personajes principales: Norberto Habbeger, Ernesto Jauretche, Cacho el Kadri, Carlos Kunkel, *El Flaco, Lupin* Kirchner, Negri, el *Ruso* Ivanovich y otros.

D) El avión en que llega Perón. López Rega. Lastiri. Isabelita. Y todos los demás. Los "charteristas". Cámpora.

E) El Palco. Osinde. Leonardo Favio. Los mercenarios de la OAS.

F) Los obreros de Rucci alrededor del Palco. Son muy pocos. La Policía, que no sabe qué hacer.

G) La orquesta. Como la del *Titanic*.

Por fin, le anuncian a Perón del caos reinante alrededor del Palco.

¡Perón no aterriza en Ezeiza, aterriza en Morón! ¡Godot llega pero no donde se lo espera! ¿Qué resultado dará esta alteración fundamental? ¿Qué habría ocurrido con Vladimir y Estragón si les hubiera sucedido esto? Aparece el chico para decirles: "El señor Godot ha llegado, pero no aquí. Llegó a otro lugar". ¿Por qué? ¿Por qué ese desaire? En el caso de Perón: porque ustedes convirtieron esto en una matanza. No merecen que llegue al lugar que había prometido.

Bien, Perón llega. Dijimos que Godot no debía llegar para que Vladimir y Estragón recuperaran su decisionismo libre. Al no llegar, ellos deciden no esperarlo más y *se van*. Godot muere. No sucede así con Perón. Aunque llega a *otro lugar* igual llega. *Todos se arrojan sobre él.* Todos le exigen lo que quieren. Aquello por lo que han esperado tanto. En poco más de un año (muy pocos: días apenas) lo matan. Se lo devoran. Luego se matan entre ellos. Luego llega otro Godot. Un Godot mortal al que nadie esperaba.

Si los que iban a buscar a Perón realizaban en ese acto su existencia propia es un problema duro de resolver. Nadie los obligó. Fueron porque eligieron ir. Hubo un dibujo que lanzó Quino en la época: miles de personas sin cabeza desfilando y elevando un estandarte con la cabeza sonriente del líder. Era claro: la cabeza del líder reemplazaba a la de todos. La enajenación de los sujetos en un sujeto privilegiado. ¿Qué es un líder de masas sino un sujeto privilegiado? ¿Qué es un líder de masas sino un sujeto que concentra en sí la adhesión de muchos, libremente ofrecida? ¿Se le puede llamar a eso *alienación*? No, los que fueron a buscar a Perón fueron a recibir al que tanto habían esperado. Fue un acto libre. Pero la fuerza de Perón estaba en la lejanía. Era un mito, pero en tanto estuviera afuera. Desde afuera podía conducir a todos. Podía manejar todas las contradicciones. En el país, él era solamente una más. Así, viejo y enfermo y, además, malo, rodeado de personajes que expresaban alguna perversa patología que lo consumía, sólo podía esperarlo la muerte. Si Godot llega, muere. Porque su poder está en hacerse esperar. Perón llega y todos le piden que lleve a cabo la esperanza, el proyecto con que lo esperaban. No puede. Elige a unos y condena a otros. Los elegidos y los condenados inician una guerra entre ellos. Godot no puede frenarla, evitarla. ¿De qué sirve Godot? De nada. Los elegidos quieren que frene a los condenados. No puede: los condenados se le rebelan. Godot queda en el medio de una guerra que no puede controlar. Godot muere. Entre todos, se lo comen.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¡¡¡Ezeiza!!! (Conclusiones)